

X GALO RENE PEREZ

X CUANDO MACHADO MURIO EN EL EXILIO

¿Quién dirá que la España actual no habrá de comparecer ante el tribunal de la historia con un estigma infamante? Desdeñosa y gestuda, y bárbara más de una vez, no ha profesado sino aversión a la obra de la inteligencia. En el medio siglo que llevamos transcurrido, ha habido poetas, filósofos y artistas que, reunidos todos, inducen a creer en un retorno de la época áurea para el pensamiento español. Quizás en los años futuros, aquietadas las aguas que hoy agitan pasiones de todo orden, se verá con claridad que esos poetas, filósofos y artistas han sobrepujado en buena parte la grandeza del tan encarecido siglo de oro. Pero, ah España del rencor, de la turbulencia, de la ceguera partidaria y el despotismo, aquellos sus hijos singulares se han lanzado por el mundo mendigando una patria, o han buscado un rincón de la suya en donde esconder su voz, su talento, y ahondar el cauce de su soledad para no levantar sospechas. Dentro del propio territorio de la Península, y bajo el ala gobiernista, poco es lo que de valor han dado sus letras y sus artes, y no es aquello para equipararlo a la ingente laboriosidad de los españoles de la humillación y el destierro, del "éxodo y el llanto".

Profético estuvo don José Ortega cuando, a la muerte de Unamuno, cuyas admoniciones no habían "parado" en todo el ámbito de España, dijo que su patria comenzaría a sufrir una era de "atroz silencio". La del silencio con mordaza, con ahogo del alma. Y si la voz de sus poetas y filósofos ha rodado por el mundo, tal ha sucedido después de que la sinrazón de la violencia ha hecho que ellos traspongan los umbrales ruinosos de su propia patria. Bien puede asegurarse que no han sido la incompreensión y el torpor de la sensibilidad, sino el recelo y la repugnancia para con la inteligencia, lo que ha habido en la España oficial de nuestros días. Es decir, se ha cometido el crimen a sabiendas de que se lo cometía. Pero una afirmación de esa naturaleza

entraña un no sé qué de condena a lo que también ocurre en nuestros pobres y desastrados países de América. ¿Qué halagos, qué beneficios le depara su obra al intelectual? Mientras estas patrias sean un feudo de dos o tres familias, nada pesará el linaje del talento, nada la voluntad heroica de los que se afanan por la salvación de la cultura, del espíritu, de la vida civilizada. Vida civilizada no es solamente la de paz, sino aquella para quien el valor está en las auténticas capacidades.

España, la inspiradora de cierto estilo de nuestras vidas nacionales, ha convertido en poetambres a sus figuras más ilustres: ése el caso de Cervantes; o las ha trocado en vagabundos infortunados que han tenido que probar el pan sin calor, sin alma, sin aroma de familia, de los largos destierros: tal la condición de Unamuno, de Fernando de los Ríos, de León Felipe, de Pedro Salinas, de Rafael Alberti, de Guillermo de Torre, de Federico de Onís, y de tantos y tantos; o en víctimas de la fiebre carnífera, como lo fue Federico García Lorca; en seres atormentados de nostalgia, que no han conseguido regresar al suelo en que nacieron y que tanto han querido, sino después que los ha quebrantado la muerte: ése el destino de Juan Ramón Jiménez, que volvió ya extinto —¿será eso volver?— al Moguer suyo y de su buen Platerillo; o en fantasmas acusadores, cuya tumba hay que mantenerla lejos del país, borrándose por acción del olvido y la lluvia y el viento extranjeros: tal el sino del poeta Antonio Machado.

Antonio Machado fue uno de los poetas geniales de nuestro tiempo, y quizás de los mayores del habla castellana de ayer y de ahora. Sus versos, ricos de emoción contemplativa frente a las ciudades y campos ibéricos que él trajinó, plenos de humanísima ternura y de estremecimiento sensible ante los ríos vitales de España y las congojas de su pueblo, caudalosos de doliente intimidad, se leen una y otra vez, con detenimiento provechoso y estética delectación. Rubén Darío, que tan bien sonó sus caracolas por los ámbitos de América y España, conoció a Machado e hizo de él un apunte lírico que se lo evoca de continuo. Allí están los rasgos de su voluntad varonil y de sus bondades sin tasa:

“Fuera pastor de mil leones
y de corderos a la vez.
Conduciría tempestades
o traería un panal de miel”.

Y ese poeta no solamente fluía por los cauces del verso: suyo también era el mundo oceánico, en que naufragan tantas capacidades mediocres, de la prosa literaria. Sus páginas de prosador, conjuntadas

bajo el nombre de "Juan de Mairena", son magistrales en los encantos expresivos y en las ideas que los surten. No hay belleza formal que ahí no esté alimentada, vivificada, por una corriente de pensamientos profundos. La gracia del estilo y su onda persuasiva no están únicamente en la fonía del vocablo. Esta es lección muy útil para los mercaderes de espejuelos y abalorios literarios; pero también lo es para aquellos que, con un lenguaje rudamente desbrozado, intentan exponer sus impresiones y conceptos. Filosofía original, crítica severa, observaciones agudas sobre todo lo que concierne a la vida humana, se despliegan en las lecciones de "Juan de Mairena" a través de una forma que es exactitud y es poesía: es decir, a través de la más artística sobriedad.

Pues bien, este incomparable maestro de las letras hispanas, a pesar de ser quien era —o quizás por eso mismo—, tuvo que abandonar temprano su Sevilla nativa, para la brega del pan en ciudades de Castilla, en donde ejerció modestamente la docencia. En Soria soportó esas calles, lo advirtió Rafael Alberti, como si andando sonámbulo: silencioso, "mal vestido y triste". ¡Con qué trágica elocuencia debió reflejarse en su persona el desdén de España por la inteligencia! ¿No era la suya la misma España que, una centuria atrás, envenenó de tal modo el alma de Larra que la predispuso para el suicidio?

Antonio Machado, que no adoraba al "dios de las barrigas llenas", y tan extranjero a la prebenda, al favor inicuo, al aprovechamiento usurario, jamás renunció a su entereza y dignidad. No admitía la claudicación del intelectual de veras. Según él, sólo claudicaba el falsario. Por eso decía: "se habla del fracaso de los intelectuales en política. Yo no he creído nunca en él. Se lo confunde con el fracaso de ciertos "virtuosos" de la inteligencia, hombres de algún ingenio literario o de alguna habilidad aneja a la literatura y a la conversación —médicos—retóricos—fonetistas—ventrílocuos—, que no siempre son los más inteligentes".

En lo que a él concernía —estallada ya la última guerra civil de España—, había tomado partido entre los republicanos. "La única moneda con que podemos pagar lo que debemos a nuestro pueblo es la vida", había afirmado sin hipérbole, auténticamente convencido de esa necesidad. Una y otra vez había postulado, sin éxito, un lugar en las milicias populares. Había ofrecido en vano sus brazos ancianos para la defensa de la capital madrileña. Pero simultáneamente, asistido de un gran ardor heroico, había escrito esta quarteta memorable:

"¡Madrid, Madrid!. ¡Qué bien tu nombre suena,
rompeolas de todas las Españas!
La tierra se desgarr, el cielo truena,
tú sonríes con plomo en las entrañas!"

Ni los asilos que le prometían las embajadas de otros países le tentaban con demasiada fuerza. Miraba conmovido el desnudo con que el pueblo defendía Madrid. Enorgullecíase de tan crecida abnegación, pero ella no le producía estupor. "Siempre ha sido lo mismo —advertía—. En los trances duros, los señoritos invocan la patria y la venden; el pueblo no la nombra siquiera, pero la compra con sangre" ¿No os estremece esta declaración?

Tuvo que caer Madrid. Rafael Alberti y León Felipe comunicaron entonces a Machado la invitación del 5to. Regimiento —ejército republicano y eminentemente popular— para que abandonara la capital. Hubo necesidad de insistir en esta demanda, porque se temía que también él fuera sacrificado brutalmente por los revolucionarios falangistas, como poco antes lo había sido Federico García Lorca. Salió así, de mal grado, en compañía de su madre y su hermano José, con dirección a los campos de Valencia. España, en medio de tanta agonía, lo había envejecido de manera impresionante. Sus seis decenios representaban seguramente más a la vista de todos. Pero su lucidez artística no menguaba, y antes bien lo hacía trabajar sin pausa. Desde aquella Valencia florida, que "se bebe el Guadalquivir", su obsesión del drama español le dictaba estos versos:

"pienso en la guerra. La guerra
viene como un huracán
por los páramos del alto Duero,
por las llanuras de pan llevar,
desde la fértil Extremadura
a estos jardines de limonar".

.
"Pienso en España, vendida toda
de río a río, de monte a monte, de mar a mar".

No podía ser más amarga la desazón de Antonio Machado. Y él, que había amado la vida y todas las formas de ennoblecerla, también quería aprender a matar; a matar mercenarios extranjeros para la salvación de su España. Había encontrado que allí, y en esos días —ah verificación tristísima—, la única "elocuencia" valedera resultaba la de "la pistola" o del yatagán sediento. Toda su alma y su corazón generoso se mantenían alertas a la agonía del pueblo ibero. En medio de un tan grande desbordamiento de sangre el estar vivo le parecía quizás extraño, absurdo. Se sentía sin duda como el sobreviviente de una hecatombe inmensa. La guerra había acabado con todo vestigio de felicidad familiar, hogareña. Inútil era tratar de rehacerla. Escribía ver

sos y los dirigía al frente militar, donde se combatía con espantosa reciedumbre, como éstos "A Lister, Jefe en los Ejércitos del Ebro":

"Fragores en tu carta me han llegado
de lucha santa sobre el campo ibero;
también mi corazón ha despertado
entre olores de pólvora y romero.

Donde anuncia marina caracola
que llega el Ebro, y en la peña fría
donde brota esa rúbrica española,

de monte a mar, esta palabra mía:
Si mi pluma valiera tu pistola
de capitán, contento moriría".

También cayó Valencia, y hubo que abandonarla. Se refugió Machado en la ciudad mediterránea de Barcelona. Se le dio una vieja casa solariega, al pie de la montaña: era un romántico miramar sobre ese vaso colmado de azul que es el Mediterráneo. Durante seis meses, todos los sábados y domingos se congregaban allí numerosos intelectuales, para cantar coplas populares y recordar antiguos romances castellanos, entre el relumbro y el mortal estampido de los bombardeos. La Península seguía siendo devorada por los enemigos de la República. Dos días después de abatida Barcelona, don Antonio tuvo que emprender su último éxodo: aquél que le llevaría más allá de las fronteras de su patria, y también de la vida. En un grupo de cuarenta personas, en que había mujeres, niños y ancianos, y en compañía de su madre, su hermano José y su cuñada, los carros de las ambulancias le dejaron al pie de un acantilado, camino de Francia. Entraba la noche y una lluvia crudelísima arreciaba sobre las cabezas de aquellos desolados peregrinos. "La madre de don Antonio —ha dicho un testigo—: la madre de don Antonio, de ochenta y ocho años, con el pelo calado de agua, era una belleza trágica". Bajo esa tempestad debieron hacer a pie algunos kilómetros. Así entraba Machado en el pueblecito francés de Collioure, el 29 de enero de 1.939. Tan rendido le había dejado aquel esfuerzo desproporcionado a su edad y estado físico, que tuvo que tomar un taxi para solamente atravesar la plaza, con rumbo al modesto cobijo en que debía alojarse. Esa plaza se llamó más tarde con el nombre de Antonio Machado, pero una de esas obcecaciones nacionalistas que se producen en todas partes, hizo que se le sustituyera con el de un personaje francés, el General Leclerc.

Collioure era un apagado villorrio. Pocas casas dispersas. Callejuelas silenciosas. Playas en que cabeceaban contadas barcazas de pescadores. Un mar solitario, sonámbulo. Y un cielo invasor, un cielo inmenso. Allí pasó Antonio Machado sus últimos días, postrado en el camastro de yerro del hotelejo Bougnol-Quintana. El 22 de febrero, o sea cerca de cumplirse el mes de su arribo a Collioure, expiraba en total abandono. Su madre lo seguía dos días después, en el mismo sombrío habitáculo.

"Un mutis bien hecho no debe hacerse aplaudir", había escrito el genial poeta, refiriéndose al momento supremo de la muerte. Y ciñéndose a aquel su sentencioso decir, probablemente una sencilla serenidad presidió sus últimos instantes. El deceso de don Antonio casi ni fue advertido entre el oleaje de matanzas de la revolución. La bandera de los ejércitos de la república se tendió, maternal, sobre su féretro; pero el ciudadano que pronunció la oración fúnebre fue fusilado más tarde por la Falange. Finalmente, en un nicho de alguna oscura familia de Collioure, prestado por fuerza de las circunstancias, se echaron los despojos del mayor poeta de España. Una pequeña plancha de mármol dice desde entonces: "Ici repose Antonio Machado mort en exil le 22 février 1.939". (Aquí reposa Antonio Machado muerto en el exilio el 22 de febrero de 1939). ¿No es esa breve leyenda funeral una de las peores acusaciones que se pueden enrostrar a la España de nuestros días?

Así se extinguió Machado. Y en tierra extranjera sufren sus huesos la última y definitiva de las soledades, contrariando el sueño del poeta, que quería que ellos se oreasen con las brisas del Duero, el sonoro río de sus cantos y contemplaciones, de sus nostalgias y sus amores.